



Los puentes de Garro Estetización, políticas urbanas y fracturas sociales en la ciudad de La Plata

Por Josefina Cingolani, Juan Francisco Di Meglio, Celeste Hernández, Agustina Horna, Ramiro Segura, Mariana Speroni, Agustina Vázquez y Joaquín Vélez

04.





Un malestar profundo respecto del estado de la ciudad y las políticas urbanas fue el punto de partida de estas palabras e imágenes, las cuales buscan condensar un experimento colectivo sobre las relaciones entre caminar, imaginar y comprender.

“¿Vieron los puentes multicolores que hay por toda la ciudad?”, nos preguntamos, entre incrédulxs e irónicxs, en una de las reuniones periódicas del equipo de investigación. La enumeración no se hizo esperar: todo ese color en los puentes peatonales de la ciudad acompañados del slogan de la política urbana local –“La Plata, estas en casa”- sumado a la instalación de cámaras de vigilancia, la colocación de luces led y la nueva señalética de tránsito, entre otras intervenciones, se daba en simultáneo con la persistencia de viejos y urgentes problemas así como con la emergencia de conflictos que el propio municipio motorizaba en relación a ferias, vendedorxs ambulantes y centros culturales.

¡*Los puentes de Garro!*, entonces. El malestar producto de la contradicción entre estetización de la ciudad y agravamiento de sus problemas hecho risa. Y también experimento.

“¿Y si salimos a recorrer y fotografiar la ciudad de manera colectiva?”. El espacio se produce corporalmente, caminando, andando, registrando, como modo de ver la ciudad que habi-

tamos nuevamente, de otra manera. A diferencia de otros recorridos de investigación más estructurados, con entrevistas, descripciones densas o referencias académicas, esta vez lo que primó en la exploración de la ciudad, de esas calles que nos conectaban con el lugar de trabajo, con nuestras viviendas, con nuestro cotidiano, fue el juego y lo lúdico. Fue la improvisación frente a la provocación de caminar, volver a mirar y registrar mediante imágenes, por medio de una deriva urbana colectiva, con nuestra propia producción fotográfica.

Nos proponíamos imaginar qué expresaban esos encuadres y juegos de similitudes que se dibujaban en la catarsis del deambular a través de una pequeña porción del casco urbano. No era tanto perderse en esos lugares que nos eran tan repetidos, tan familiares, como reinventar conexiones imaginarias y fantásticas. Una ventana podía ser Quito; un auto quemado remitía a la periferia parisina; innumerables veredas rotas y algunos edificios tapiados hacían brotar en la conversación a Kosovo; una esquina nos conectaba con Bombay y grafitis en un garage parecían indicar que estábamos en San Pablo o Berlín. Nos arriesgábamos a capturar en imágenes, dispersas y fragmentarias, alguna forma de la totalidad que se experimenta al atravesar los senderos urbanos. Sin embargo, más

allá de esas posibles imágenes, de esas ciudades análogas, la señalética de política municipal nos indicaba en sus carteles y consignas una y otra vez que no era una ciudad. Era una casa, nuestra casa.

¿Cómo podemos, a partir de este escueto y fragmentario recorrido, interrogar aquella "casa" donde el discurso oficial nos lleva a "estar"? ¿Es concebible la ciudad como una casa? Del recorrido se deprendieron rápidamente las contradicciones y los contrastes, así como diversas dimensiones que de manera cotidiana miramos sin ver. Observamos así el "embellecimiento" y el "cuidado" de cordones, bulevares y plazas, ante la

erosión y la presión inmobiliaria que se expresa en una multiplicidad de casas en venta, muchas de ellas vacías, abandonadas e incluso tapiadas. Encontramos carteles coloridos de múltiples tamaños que celebraban una ciudad iluminada y brillante, fácilmente legible, junto a pérdidas de agua que oscurecían de barro las veredas. Y también encontramos mensajes, dibujos, marcas, expresiones: muestras de resistencia, activismo, toma de posición en las paredes de la ciudad. Muros como textos, que hablan de la ciudad y a través de los cuales la ciudad habla de los diversos –y contrastantes– deseos, proyectos y demandas.

CASA CON REVOQUE

Caminamos por una calle que mantiene su estructura de adoquines. Entre los tilos, vías de un tranvía que ya no pasa, nos imbuimos por los rincones de nuestra ciudad-casa. Si levantamos la cabeza y miramos en detalle, ¿qué es lo que vemos? Esqueletos de madera, hierro, concreto, promesa de ganancia para developers locales, albañiles que - con martillo en mano y calcos fulgurantes - transforman la naturaleza y los escombros en futuros edificios avalados por el código de ordenamiento urbano. Una al lado de la otra, estructuras verticales de distintas alturas y diseños diversos que contrastan con contiguas casas antiguas, grafican los distintos niveles de La Plata, la ciudad-casa siempre en refacción.

Aquí las diagonales y las baldosas flojas son un clásico. Sobran las anécdotas del que se perdió tomando la diagonal 74 o de quien ensayó bailes dantescos en un día de lluvia para evitar la salpicadura de nuestras veredas agrietadas.

Deambular por La Plata es patear esquirlas de diferentes ciudades: la planificada, manifiesto del higienismo, con su trazado histórico; la construida a lo largo del tiempo por albañiles italianos; la inundada el fatídico 2 de Abril; la verticalizada en las últimas décadas. Y es hoy la ciudad iluminada: contingentes de luces led instaladas en la previa a las elecciones que quiebran la noche e iluminan las zonas comerciales, los nodos de ocio y las plazas del casco urbano. Pero, si salimos del límite del casco, ¿estarán ahí las luces led?





CASA (IN)SEGURA

Es muy importante quién pueda entrar o no a mi casa. Quién la puede ver, andar por su vereda o sacarle fotografías. Las puertas y las ventanas tienen que estar aseguradas y cumplir su función. Algunas rejas, pinchos o alambres de púas pueden también colaborar en esa tarea. También tenemos que poner unos potentes reflectores y alarmas con control remoto o *passwords* numéricos.

Definitivamente harán falta cámaras de vigilancia, por si no estamos en casa, por si necesitamos que otra persona vea luego lo que registren sus memorias digitales. Tenemos que estar bien, con tranquilidad, tiene que ser una casa segura, iluminada, decente. Cerrada e infranqueable: nuestra fortaleza.

En ella podremos prolijamente ordenar aquellas cosas en una pieza, otras en el pasillo y hasta podremos colocar nuestros costosos artefactos tecnológicos y nuestros dóciles cuerpos de oficina a salvo de toda amenaza extraña y distinta, recluida para siempre a vivir afuera, lejos, en otro espacio. Podemos pintar de bellos y vívidos colores los marcos de las puertas y las ventanas, no como ese sórdido gris que inunda esos lugares inseguros y que nos da tanto miedo.

Pero un día hizo falta poner una pequeña compuerta y un poco de arena en la puerta (pretendidamente infranqueable) de la casa porque las lluvias anegaron el zaguán. Tuvo que entrar gente a trabajar a la casa, personas desconocidas. Además, la casa no se limpia sola, también viene alguien a limpiar, pero es de confianza, como de la familia. No hay ningún problema, sólo agregaremos más cámaras, y claro, más luces para que esas cámaras puedan registrar como corresponde. Fantasmagoría del interior, fenomenología de la casa, privatización creciente de la vida, búsqueda (infructuosa) de estar como en casa.



ORDENAR LA CASA

“Estás en casa”. La contradicción entre el cartel anunciando que es nuestra casa en la misma plaza donde no nos permiten tomar fotos de la garita de seguridad de los Centros Barriales de Monitoreo. ¿Acaso somos turistas? ¿O estamos en casa? ¿De quién —o para quién— es la casa?

Casa moviliza sentidos de protección, seguridad y familiaridad, así como también remite al terreno de lo privado, el orden y la jerarquía. La casa de gobierno tiene sus ventanas abiertas de par en par para observar que se cumpla la orden dada: que la policía local se encargue de hacer una valla humana para evitar el ingreso de ferias populares y manterxs en la plaza San Martín, contigua a la gobernación. ¿A dónde irán esos vendedorxs y manterxs? ¿Tendrán que buscar un sitio en alguno de los ambientes de la casa por fuera del casco urbano?

El gesto autoritario que busca “ordenar la casa”, legible en las distintas políticas de la actual gestión busca precisamente intervenir —de maneras muchas veces violentas— en la *definición de quiénes pueden hacer qué cosa, dónde y cuándo*. Jerarquización del espacio que distribuye desigualmente prácticas y grupos sociales en la ciudad, buscando restituir un supuesto “orden natural” según el cual, por ejemplo, una plaza geográfica y simbólicamente central como San Martín no puede ser un espacio para la venta ambulante cuyo lugar (en caso de tenerlo) debería ser en la periferia.

CASA TOMADA

A las casas no les gusta el silencio. Las calles gritan voces, gritan días, gritan vidas. Perderse en la ciudad es encontrarse con narrativas, imágenes y lenguajes variados.

Si la invitación oficial es a pensar la ciudad como nuestra casa, entonces la seguiremos habitando como una casa desbordada. Por debajo de las puertas, por las hendiduras de las ventanas, por las chimeneas, por los ladrillos ahuecados, por los mosaicos porosos, por las cerraduras, se filtrarán las memorias, la resistencia, el activismo, las proclamas, las voces. Imaginamos una casa para todxs, donde las

paredes no operen como fronteras, donde nada se pueda contener, donde todo rebalse. La casa que soñamos es una casa tomada. Una casa que cada vez vaya tomando más, se vaya extendiendo más.

Los murales de colores, las inscripciones, los grafitis en cada recoveco. Los distintos productos artísticos plasmados en las paredes de la ciudad permiten concebir al arte desde la dimensión política y desde la dimensión pública. El arte en el espacio público habilita pensar en derechos y en acceso. Derecho y acceso a la ciudad, y derecho y acceso a la cultura.

Frente a una política estatal municipal que delinea senderos, caminos posibles, bicisendas, que regula lo visible y lo invisible, que selecciona lo que merece ser bello y lo que debe seguir siendo hostil, artistas, activistas, vecinxs y militantes estampan frente a nuestros ojos la cara de Johana Ramallo y de “La Moma”. Piden que no las olvidemos, pero también y sobre todo hacen visible que en la casa bella y con luces, suceden diariamente situaciones horribles. Por más que quieran disciplinarnos, las paredes funcionan como amplificadores de las gargantas de lxs marginadxs, lxs desaparecidxs, lxs que no están, lxs que protestan por el exceso de policía en las calles (como en la fotografía), lxs que quieren dedicar un fragmento de una canción de amor o una leyenda para el rival de fútbol. Si la ciudad es nuestra casa, entonces las paredes también. Si la ciudad es una casa, no puede no ser otra cosa que una casa tomada.





LA IMPOSIBILIDAD DE LA (CIUDAD COMO) CASA

La apelación a la ciudad como una casa tiene indudables filiaciones políticas conservadoras y abre interrogantes sobre cuestiones fundamentales para la vida urbana democrática como la libertad de acceso, la igualdad de condiciones, el derecho a la (in)diferencia, y las posibilidades de dialogar y de disentir en espacios que, por definición, constituyen ámbitos de encuentro entre diferentes y desiguales. ¿Cuál y cómo es la casa que modela la política oficial? ¿Y quiénes pueden habitarla?

Ordenar, jerarquizar, embellecer y, en consecuencia, cercar, segregar e incluso expulsar. No hay contradicción sino entrelazamiento entre un conjunto de políticas que buscan "recuperar" y "asegurar" la ciudad para "estar en casa" y la estigmatización y la expulsión de aquellos actores y prácticas que desde la perspectiva dominante la desordenan, la afean y la tornan peligrosa o amenazante.

"La Plata. Estás en casa" busca precisamente reforzar la idea de que aquello que ha de

cuidarse es lo privado, lo propio, lo de cada uno: la casa. Y, a la vez, busca transformar la ciudad en algo propio, apropiable, privado. Pero quizás podríamos hipotetizar un sentido alternativo ¿si la frase buscara enfatizar lo público de la ciudad, apuntalando la idea de que la ciudad nos aloja a todos? En ese caso, la ciudad como valor de uso común -bien colectivo, accesible, abierto, heterogéneo- no puede ser nunca la casa de alguien, debe devenir otra cosa, de nadie, para todos.





ORDENAR LA CASA

CASA (IN)SEGURA



CASA CON REVOQUE

CASA TOMADA

